

madrileños de toda la vida reaccionan al comprobar que sus negocios no resisten la competencia acebana, denuncian y aparece la presión policial e incluso las agresiones físicas.

Diversifican sus negocios y entran en el de la peletería. Las captadoras observan a los turistas, sobre todo a las millonarias sudamericanas, las siguen hasta las peleterías clásicas, espían lo que se prueban y las abordan para ofrecerles prendas semejantes a mejor precio en un piso cercano. El éxito es fulgurante.

Quien mejor ha estudiado la relación del wolframio con Acebo y la posterior emigración acebana es Jesús Carlos Rodríguez Arroyo, tiene 38 años y su padre es uno de los protagonistas de esta peripecia.

«No es exagerado comparar a los acebanos con los chinos. La emigración acebana en Madrid era muy parecida a la asiática: un grupo cerrado y endogámico en el que los hombres siempre se casaban con mujeres de Acebo. Hasta la tercera generación no han empezado a casarse con no nacidos en Acebo, incluso disfrutaban su tiempo libre en común», explica Jesús.

«En los años 70, prosigue, uno de los principales empresarios de Acebo en Madrid, Augusto González Lázaro, consigue una licencia para importar productos textiles chinos, viaja a este país, se trae un barco cargado de mantones de Manila, mantelerías y otras manufacturas textiles y se convierte, junto con otro acebano que realiza la misma operación, en proveedor exclusivo de estos productos chinos en España».

Detalla Jesús que los acebanos se prestaban dinero al cero por ciento y que, a pesar de ser muchos de ellos analfabetos funcionales, eran capaces de memorizar frases en inglés, francés o japonés para seducir a los turistas

Aunque sigue habiendo negocios acebanos en San Bernardo, Pontejos, Mayor, Gran Vía, Preciados, Arenal y Marqués de Leganés, lo cierto es que la disminución del turismo de calidad no ha propiciado un relevo generacional al frente de los comercios. La emigración actual ya no va a vender manteles, pieles ni encajes, sino a la construcción.

Los antiguos peleteros y comerciantes diversifican sus inversiones, optando cada vez más por el sector inmobiliario, hasta el punto de que en Acebo se dice que nadie en el pueblo tiene menos de dos inmuebles.

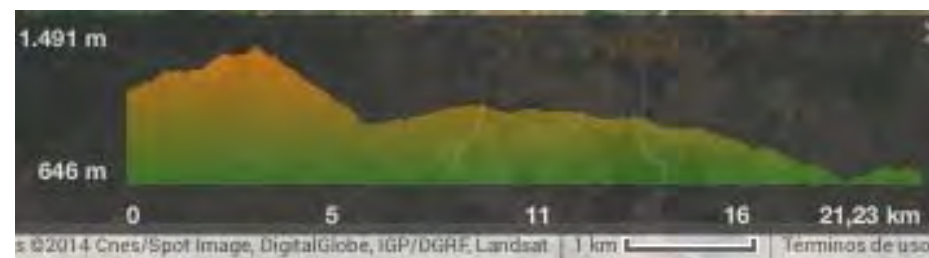
Al abuelo de Jesús le llamaban El Calahorra porque iba hasta esta ciudad riojana a vender aceite. Su padre fue minero, captador y peletero. Él es subdirector de banca en Alcorcón, se ha licenciado en Empresariales y su mujer no es de Acebo.

Boletín. Vicente y Carmen con la ayuda inestimable de Google.



POR SIERRA DE GATA

(PUERTO DE SANTA CLARA-PICO JÁLAMA-VILLAMIEL-TREVEJO)



Siempre es un placer venir a Sierra de Gata, una comarca en el norte de Extremadura llena de encantos para el senderista: arquitectura popular, lengua única “A Fala”, vegetación paisaje, piscinas naturales (18 en total), etc... y donde la vida rural es un auténtico ejemplo de resistencia.

Nosotros vamos a hacer una de las rutas duras de la zona, comenzando en el paso natural del Puerto de Santa Clara (1025 m), subiendo al Pico Jálama (1.492 m) y terminando en Trevejo (700 m). En total haremos 24 kilómetros

DESCRIPCIÓN DE LA RUTA:

Partimos del Puerto de Santa Clara por una pista entre robledales y pinares para ir ganando altura y continuar por un sendero y campo a través entre piornos llegamos a las runas de la ermita de Santa Clara y un poco más adelante nos encontramos el primer pozo de nieve que hay en esta montaña, no será el único, éste es pequeño y está casi cubierto de matorral. Un poco más adelante nos encontramos más ruinas, las de la ermita de de San Casiano, apenas quedan unas piedras y por fin, llegamos la cumbre del Jálama,

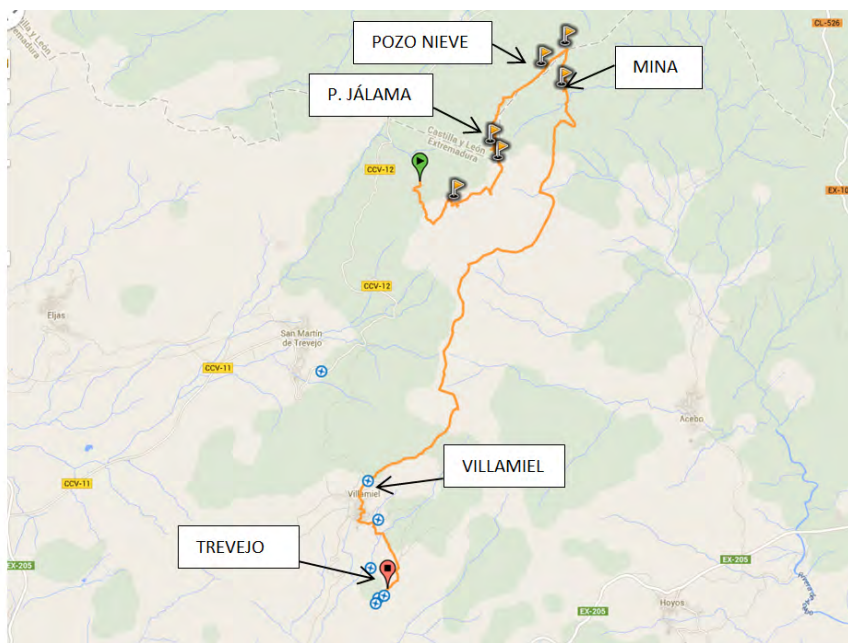
montaña solitaria de naturaleza salvaje.

Comenzamos a bajar y encontramos otro pozo de nieve, en este caso octogonal y mucho más grande que el anterior. No podemos dejar de pensar en la importancia que tuvo en su día, el arte o maña de mantener la nieve helada en estos profundos agujeros durante gran parte del año.

Después continuamos bajando hasta alcanzar el camino que nos conduce a Acebo y que pasa por una antigua mina de Wolframio, ahora abandonada, una de las muchas que hay a lo largo de toda la zona de La Raya.

Seguimos nuestro camino y por obra y gracia de un antiguo camino traccional, perfecto, empedrado y precios, vamos poco a poco perdiendo altura, entre regatos y cascadas... pero como nuestro destino no es Acebo, nos desviamos a la derecha y atravesando unas praderas tomamos el camino empedrado que nos lleva a Villamiel. A lo lejos ya vemos el Castillo de Trevejo. El paisaje cambia, comienzan los olivos, los frutales, y desde aquí por la Calzada Romana nos vamos hasta Trevejo, esencia de la sierra de Gata por su paisaje, arquitectura, escudos, tumbas antropomórficas, ermita, espadaña.

Organizadores: **Lara, Sergio y Vicente**



Gracias a Paloma Rosell la ruta está en wikiloc: "Santa Clara-Trevejo"

www.hoy.es EL PAÍS QUE NUNCA SE ACABA. J.R. ALONSO DE LA TORRE:

Año de 1943. La II Guerra Mundial está en su momento álgido. Los alemanes necesitan wolframio para su maquinaria de guerra, pero no tienen. Lo recibían de Oriente, pero el suministro ha sido bloqueado por la presión aliada. El wolfram sudamericano es monopolizado por Estados Unidos. Vuelven sus ojos hacia el wolframio ibérico. A lo largo de la Raya hispano-portuguesa importantes yacimientos pueden surtir de este mineral imprescindible al ejército nazi.

Comienza la extracción y la comercialización a través del Atlántico. Desde allí, sus agentes intentan controlar la actividad minera de la Raya. Los aliados compran todo el mineral posible a buen precio, pero los acebanos y los portugueses venden a los alemanes a mejor precio todavía. El mismísimo Winston Churchill interviene y presiona al dictador luso Salazar, que deja de vender mineral a Hitler.

Pero eso es oficialmente. En realidad, el wolframio portugués pasa de contrabando por Acebo, donde se une al que se extrae en las faldas del monte Jálama. De aquí parte hasta la frontera pirenaica, controlada por los alemanes. El kilo de mineral en 1943 llega a costar 106 pesetas, a pesar de que el 39% del que venden los mineros acebanos es falso: se trata de moscovita, pirita o granito untado con brea y calentado en una lata.

En 1944, el maná del wolframio se acaba. Los alemanes se retiran de la frontera francesa y dejan de comprar mineral. Habrá un repunte durante la guerra de Corea, debido a que este país era el primer productor mundial. Pero después, se acaba la Fiebre del Wolfram y los acebanos vuelven a depender de la agricultura, de la ganadería y de otra riqueza particular: el encaje de bolillos.

Canteros de Camariñas

En el año 1535 llegó a Acebo un grupo de canteros gallegos de Camariñas. Venían a construir la iglesia. La historia no aclara si fueron las mujeres de Camariñas quienes enseñaron el arte del encaje de bolillos a las acebanas o si fue al revés. Lo cierto es que desde entonces, Camariñas, pueblo coruñés de la Costa da Morte, y Acebo son dos villas famosas por sus encajes de bolillos.

En Acebo, casi todas las mujeres sabían la técnica de esta artesanía y la habían convertido en un complemento del salario familiar. Con el dinero del wolfram y de los encajes, muchas familias se financian en los años 50 el salto a la capital, a Madrid. Se establecen en pisos de las calles céntricas y comienzan a vender usando el método de las captadoras: mujeres acebanas que abordan a los turistas y los convencen para subir a los pisos, donde los maridos sacan los encajes y los venden. Así van amasándose pequeñas fortunas.

Trabajan sin contrato ni seguridad social. Como no tienen sueldo fijo, han de prestarse dinero entre ellos. El fracaso escolar de los hijos es intenso. Además, los comerciantes